

sólo algunos casos.

En este volumen, la metáfora del cuerpo se encuentra enfatizada desde la cubierta misma del texto: diseñada por Marcelo Alfaro, recupera la imagen de la textura de la piel y una marca corporal difusa que bien puede remitir a un orificio como a una protuberancia del cuerpo. A dicha imagen se suma la condición del naufragio; es decir, el cuerpo-escritura desnudos ahora como el lugar del infortunio, de la estancia forzosa en un lugar otro, del exilio permanente. El subtítulo, “Borrones y borradores”, subraya la idea de lo inacabado. En todos los capítulos, Glantz indaga, entonces, cómo se construyen y destruyen los cuerpos, las voces, las manos, la desnudez, tanto de los autores que escriben como en la temática de los textos mismos. El cuerpo, tomado tanto en sentido literal como figurado, se inscribe, de ese modo, en una escritura que se va conquistando desde el Nuevo Mundo en oposición a la escritura conquistadora impuesta desde Europa.

Desde ese lugar intermediario que elige Glantz para relatar la vida cotidiana, la historia, la ficción, sus lecturas críticas trazan genealogías, convocan ecos de otros textos propios, se vuelven iluminadoras en torno a la subjetividad femenina y a la tensión permanente de una escritura barroca latinoamericana; desarticulan, como sostiene Diamela Eltit, antiguas operaciones textuales al colocarse entre una tradición sacralizada y una modernidad que cita “lo mismo” (en “El alertado y riesgoso cuerpo de la letra” en Manzoni Celina (comp.). *Margo Glantz, narraciones, ensayos y entrevista*, Excultura, 2003, p. 163). Porque la autora nos pone en alerta, en este volumen y una vez más, sobre el proceso de la conquista de la escritura y el funcionamiento occidental del conocimiento. “La batalla iniciada en 1492 está muy lejos de acabarse” (14), señala Glantz, en particular si observamos en la actualidad el modo en que el hemisferio Norte maneja lo producido por América Latina. La posibilidad precaria de intervenir en la escritura, “un derecho del que se ha privado a los colonizados, y entre ellos a las mujeres” (9), según Glantz sólo se subsana si se inscriben en la memoria nuevas lecturas de una realidad otra.

Esta escritora, profesora y periodista que nace en 1930, posee una extensa trayectoria en la publicación de obras literarias. También condujo talleres de narrativa en la UNAM, dirigió revistas como *Punto de partida* y se ha dedicado a la crítica literaria en *Tennessee Williams y el teatro norteamericano* (1968), *Narrativa joven de México*, con prólogo de Margo Glantz (1969), *Onda y escritura en México* (1971), o los más recientes *Sor Juana Inés de la Cruz: obras*. Segundo volumen con prólogo y estudio preliminar de Margo Glantz (1995), *Sor Juana y sus contemporáneos* (1998), entre otros. Además de escritora, es catedrática, profesora emérita de la Universidad Autónoma de México desde 1995 y profesora invitada en numerosas universidades internacionales.

Gabriela Mariel Espinosa

* Vanni Blengino. *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Prefacio de Ruggiero Romano. Traducción de Liliana Huberman, 2005, 216 p.

Vanni Blengino atribuye al contagio del “mal de Patagonia” la escritura de este valioso libro, publicado en italiano como *Il vallo della Patagonia* en el año 2003, y traducido ahora al español por el Fondo de Cultura Económica. Ciertamente, el interés por la Patagonia —que afectó por siglos a exploradores, científicos, misioneros, colonos, escritores y viajeros— ha motivado especialmente en los últimos años a historiadores y críticos literarios a explorar un objeto de investigación que, a tono con los estudios culturales, se muestra de difícil recorte y, por lo tanto, conlleva una atracción proporcional a la amplitud de sus márgenes. El aporte del estudio de Blengino (profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Roma) es, sin embargo, no la aplicación de teorías centrales o metropolitanas del Norte a un objeto latinoamericano (tendencia advertida y criticada ya por Cornejo Polar, entre otros) sino la profundización en los textos y saberes latinoamericanos centrandos la mirada en personajes y espacios aún poco estudiados de la cultura latinoamericana.

El libro carece de una bibliografía separada, pero, en las páginas iniciales (“las ‘deudas’ del autor”), Blengino da cuenta de algunas fuentes utilizadas y reconoce una deuda particular con el ya clásico *Indios, ejército y frontera* de David Viñas y *La frontera en América* de Hebe Clementi. Así, el enfoque de Blengino se vuelve sumamente productivo porque, por un lado, recupera problemas centrales de la historiografía latinoamericana, y, por el otro, aporta una mirada desde un eje espacial antes que temporal. Pues si el collage de voces polémicas de

Viñas organizaba una serie cronológica de personajes y estilos mentales en torno a la campaña del desierto, el estudio de Blengino se centra específicamente en los efectos de esas mentalidades sobre la configuración y representación del espacio. Una de las tesis más importantes del libro es que en la fase final de guerra contra el indio “el tiempo sustituye al espacio como horizonte del conflicto, como ámbito privilegiado donde se generan las oposiciones entre civilización y barbarie, entre historia y prehistoria” (34); según el liberalismo positivista, el problema es temporal: los indios son anacrónicos y la campaña del desierto debe corregir tal anacronismo. Blengino, entonces, se dedica a descubrir los intereses subyacentes al conflicto civilización-barbarie y a reponer el problema espacial. Como Edward Said en *Cultura e imperialismo* (aunque Blengino no recurre en absoluto al aparato teórico-crítico de los estudios culturales y poscoloniales) el autor italiano efectúa una inquisición geográfica de la experiencia histórica, siempre con la idea de que los espacios vacíos virtualmente no existen, y de que nadie se encuentra libre del complejo combate con la geografía, un combate que trata no sólo de soldados y de cañones sino también de ideas, mentalidades, imágenes e imaginarios. De allí, el título del libro: “la zanja de la Patagonia” como barrera no sólo material sino simbólica, y sus capítulos, dedicados tanto a militares y científicos como a sacerdotes y escritores.

El libro está precedido por un iluminador prefacio de Ruggiero Romano, quien enmarca la “conquista” del siglo XIX en el contexto latinoamericano, se remonta en el tiempo para explicar las razones por las cuales la conquista de la Patagonia fue tardía y corrige viejos supuestos, como el del “vacío” patagónico, que nunca fue del todo tal. Además del prefacio de Romano, sirve al lector como entrada al espacio (textual) patagónico la “Introducción” de Blengino. Allí, la deuda principal es con José Luis Romero por su clásico *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Blengino retoma la tesis de la “ignorancia intencional” de los españoles, quienes inventaron ciudades destruyendo las preexistentes simulando encontrar un vacío, para afirmar que la arbitrariedad que inventa ciudades y les atribuye un nombre estimula la fantasía de sus ejecutores y se revela así como “una empresa en muchos aspectos simétrica a la del escritor y a la de la literatura”. No es entonces casual que la moderna literatura latinoamericana recorra el camino de las ciudades existentes y contribuya “a enriquecer la geografía imaginaria y real con la invención de nuevas ciudades” (20). Pero llama la atención, según Blengino, que mientras muchas de estas ciudades literarias concluyen de modo trágico (en Onetti, García Márquez, Soriano), las ciudades patagónicas hayan gozado siempre de un destino singular: desde las míticas ciudades de los Césares, hasta la metrópolis que Roca vislumbraba en la desembocadura del Río Negro, y que luego el Presidente Alfonsín propone concretar en 1985. Y es que la Patagonia conserva el poder de estimular la imaginación: el mito, de profundas raíces en el imaginario argentino, se vuelve en los últimos años posmoderno: la Patagonia se transforma hoy en una reserva ecológica.

Luego de la introducción, que claramente indica la preocupación por leer los modos en que la imaginación configura tanto espacios ficcionales como reales, comienza el primer capítulo del libro, “La muralla china cabeza abajo”, donde se trata el problema que a partir de 1870 urge resolver: el de la frontera interna argentina. Éste, visto de modo temporal, implica un presente que oscila entre anacronismo y utopismo, y transforma a la oposición historia-prehistoria en una de las justificaciones de la campaña del desierto llevada a cabo por Roca, cuya estrategia ofensiva reemplaza a la estrategia anterior, prevalentemente defensiva, de Adolfo Alsina. El autor recupera los debates en torno a la propuesta de Alsina de construir un foso para impedir las incursiones de los indios. Y, lo que es más interesante, recupera también la analogía establecida en la época entre la zanja y la muralla china, para afirmar que tal analogía servía “para sacar a la luz una serie de significados que la larga trinchera que atravesaba la Pampa representaba simbólicamente” (39). La zanja es un obstáculo y un signo, una materialización de proyecciones políticas, emotivas, culturales y económicas, que le sirve a Blengino para retornar a las discusiones sobre “el problema indígena” que atañen no sólo a militares y políticos argentinos (Alsina, Zavallos, Avellaneda, Roca, etc.) sino también a figuras extranjeras. Uno de ellos, Alfred Ebélot, ingeniero francés a cargo del proyecto de la zanja, quien, muerto Alsina, colabora con Roca, escribe en estos años (1876-1880) para la positivista *Revue des Deux Mondes*. El segundo capítulo, “Un viaje alrededor de la prehistoria” está dedicado a los artículos que Ebélot envía a la revista de París, a cuyos lectores se dirige mediante un “nosotros” –los franceses cultos del siglo XIX– contrapuesto a la alteridad indígena, ese “nosotros de hace muchos siglos” (67). Ante la cercanía con los salvajes, cuya culpa consiste en ser anacrónicos, se experimenta un malestar que, afortunadamente, se compensa con la posibilidad de observación que hace de la Patagonia un laboratorio donde contemplar al hombre prehistórico. De acuerdo con *La Pampa*, libro que

Ebélot escribe más tarde, “los indios son hermosos, vistos desde lejos”. Por esta razón, dice Blengino, los binoculares son insustituibles para la mirada distante del francés.

El tercer capítulo, “El indio embalsamado: de la Patagonia al Museo”, está dedicado a Francisco P. Moreno, quien se suma a la lista de exploradores y científicos atraídos por la región (Darwin, Fitz Roy, Musters) y con los que establece un diálogo a distancia. A Moreno no le es suficiente observar a los indios con binoculares; debe observarlos de cerca, y los estudia como si ya fueran ejemplares de museo. Además de la atracción que la Patagonia ejerce en Moreno por sus intereses como naturalista, el científico formaba parte del amplio diseño estratégico de ocupación, y es quien resuelve los límites con Chile. Moreno era de niño lector de Marco Polo, Simbad y Verne y admirador de Livingstone, pero –afirma Blengino– “tanto en el *Viaje a la Patagonia Austral*, como en las *Reminiscencias*, la aventura se subordina a otros intereses, en particular a los científicos” (99), al igual que lo hace el sentimiento de solidaridad para con los indios. Sin embargo, años más tarde, y pese a los logros obtenidos, Moreno no está contento: se encuentra con viejos conocidos caciques –ahora derrotados y humillados– quienes se quejan de la dureza de los blancos, y debe “callar y otorgar”.

El capítulo cuatro, “Los salesianos en la Patagonia: muchos kilómetros y pocas almas”, es, a mi modo de ver, uno de los más valiosos del libro, por el rico material que recoge e interpreta. Blengino lee con sagacidad los sueños de Don Bosco relatados en sus *Memorias*, y se detiene en los seis “sueños geográficos” cuyo tema es la Patagonia, y que en ese entonces fueron interpretados, de acuerdo con la predictibilidad científica y la lógica del progreso, como una incitación a llevar a cabo la empresa misionera de los salesianos en la región. “En la interpretación de los sueños de Don Bosco no se busca el significado en sus connotaciones alegóricas, sino a la luz de los datos de la geografía, la economía y la antropología” (124). Así, los salesianos coinciden con Moreno, Ebélot, Sarmiento y Roca en percibir a la naturaleza y la humanidad del presente como el significante de una carencia que pronto será colmada, y comparten también un fetiche con la concepción positivista e imperialista de la conquista: el número. Éste demuestra la eficacia y cuantifica los resultados, y es una presencia clave en los informes tanto de militares y naturalistas como de los misioneros, quienes quieren que la conversión sea lo más numerosa posible. Existe aquí, claro, una diferencia de intereses: los misioneros quieren a los indios vivos. Pero el imaginario salesiano se concretiza en un lenguaje que recurre a metáforas extraídas del lenguaje militar, si bien “el catecismo sustituye al Remington” (156). Otros hallazgos de Blengino son el drama *Una speranza, ossia il passato e l'avvenire della Patagonia* (1884), y la colección “Letture Cattoliche” (1873-1887) de Don Lemoyne, confidente de Don Bosco. En estas obras populares, de tono edificante y didáctico, nunca se cuestiona la derrota de los indios, pero sí la aidez e inescrupulosidad de los blancos que impiden la misión evangelizadora. El personaje del hijo de Calfucurá, totalmente subordinado al sacerdote salesiano en *Una speranza...*, prefigura la historia del indio Ceferino Namuncurá, educado por los salesianos en Buenos Aires “y muerto muy joven en Turín en olor de santidad.” (134). Blengino no cita aquí la increíble serie de textos “didácticos” sobre Ceferino en Argentina, como la vergonzosa obra de Manuel Gálvez *El santito de la toldería, la vida perfecta de Ceferino Namuncurá* (1947), pues sin duda todo este oscuro material merece un capítulo aparte. El capítulo termina con relatos sobre la campaña del desierto en la que los salesianos participan siguiendo a los militares y ofreciendo versiones diferentes de los hechos. Una vez más, ante los crueles resultados de la expedición, un salesiano, Costamagna, manifiesta su reserva con un “chito y silencio”.

“En el extremo sur del libro” es el título del quinto y último capítulo. Aquí Blengino sigue la tesis de Viñas de que la conquista del desierto fue interpretada como la fase superior de la conquista española, para distinguir dos claves de lectura: la de tipo moderno, liberal, inspirada en el imperialismo capitalista del siglo XIX, y que se da en los años inmediatamente posteriores a la campaña, y la más conservadora del neohispanismo que culminará luego en la restauración nacionalista y antiliberal, y que tendrá a Ricardo Rojas y a Lugones como sus representantes. Así comienza el recorrido del autor por los espacios literarios. Primero se analiza *Una excursión a los indios ranqueles* de Mansilla, donde se destaca el aspecto transitivo y poroso de la frontera como espacio de integración y de recíproca influencia. Mansilla subraya irónicamente los límites del progreso, y se ubica en un hiperespacio que abarca ambos mundos, el de la civilización y la barbarie, operando así en relación con la propia cultura “una especie de alineación espacial” (171) que atenúa las oposiciones y coloca los valores americanos de la frontera junto a los occidentales. Pero –se aclara– Mansilla no desea tampoco desestructurar los valores consagrados (“el huevo de avestruz y la diplomacia de Calfucurá adquieren dignidad sólo si son asimilados a los valores indiscutibles de la cultura europea” (174). Blengino presenta luego otras “zanjas” literarias, pues en países “culturalmente huér-

fanos” fue la literatura la encargada de expresar y construir la identidad nacional. Ciertamente, como también explicaba Said, la identidad se imagina en un mundo concebido en términos geográficos. El espacio es inventado, y Blengino lo recorre en el canon argentino: *La cautiva*, *Martín Fierro*, *Juan Moreira*, las novelas naturalistas de Argerich y Cambaceres, el sainete, el teatro de Florencio Sánchez, Discépolo, Payró, Lugones, etc.. El autor no profundiza, sino que sólo recorre (quizá para un lector no especializado en nuestras letras) los espacios ficcionales: la inmensa llanura pampeana, el puerto que recibe tanto inmigrantes como indios derrotados o argentinos europeizados, la ciudad de Buenos Aires como metrópolis moderna o torre de Babel, los conventillos, las trattorias, el *pago chico*, la pulpería, el campo colonizado, la mansión oligárquica o el zaguán al que se empuja a la plebe ultramarina. Cierran el libro los “muchos sur”: el de Borges, el del chileno Francisco Coloane (cuya frontera patagónica es pertinentemente comparada con la misionera de Horacio Quiroga), el de Osvaldo Bayer, el de Viñas en *Los dueños de la tierra*, y los sures “donde terminan las novelas”: el de Arlt en *El juguete rabioso* y el de Sábato en *Sobre héroes y tumbas*. Todas estas Patagonias, oscilantes entre el más trágico realismo y las más variadas mitologías, no hacen más que confirmar, con De Certeau, que el espacio no es una categoría fija sino un *lugar* practicado, actualizado y atravesado por prácticas temporales y, con Said, que el sentimiento de lo geográfico, que fabrica proyecciones imaginarias, cartográficas, militares, económicas, históricas, tiene que ver, en última instancia, con la posesión de la tierra. El acierto de Blengino reside precisamente en su propuesta de apresar este sentimiento. Conforme a tal objetivo, cierra el libro un “Índice de nombres y lugares” que intenta captar el poder de lo simbólico en la posesión del espacio: bajo la C por ejemplo, se agrupan tanto el Caribe, California, Cuzco, Cortés, la Cordillera y Calfucurá, como monseñor Cagliero, Conrad, Cambaceres, Comte y la Ciudad de los Césares.

Florencia Bonfiglio

* Carlos Altamirano. *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005, 133 p.

Ideas, lecturas y relecturas de una serie de obras de escritores argentinos y latinoamericanos se encuentran reunidos en este nuevo libro de Carlos Altamirano. Inscripto dentro de una “historia intelectual”, tiene como propósito incidir en este campo de estudios a través de un trabajo interpretativo que se anuncia desde el comienzo como un ámbito de reflexión abierta que articula “la historia política, la historia de las elites culturales y el análisis histórico de la ‘literatura de ideas’”. La coexistencia de estos enfoques y la perspectiva historiográfica apuntada no restan importancia al examen riguroso que le adjudica al lenguaje a través del cual se argumenta, se discurre y entran en conflicto las significaciones con que ciertos intelectuales dieron sentido y legitimidad a su pensamiento. Por ambas razones, creemos que el horizonte teórico de estos escritos le confiere continuidad a la tarea crítica del autor desde sus primeros ensayos sobre literatura argentina, alcanzando así una mayor repercusión en su carácter programático.

La mayoría de los trabajos incluidos en el libro conocieron una edición anterior, con excepción del último, dedicado a la lectura de un conjunto de ensayos e ideas argentinas y su mirada en el espejo latinoamericano y europeo desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. Esta lectura en espejo, indicada en el título del escrito que cierra la serie, se refracta en los ensayos anteriores donde los textos, comprendidos como verdaderos “objetos de frontera”, trazan sus propios territorios imaginarios y políticos, inscribiéndose en una cartografía crítica que recorre conceptos y motivaciones, ideologías y contextos que no los dejan caer en el vacío social y que los incluye dentro de un género que el autor ha dado en llamar “literatura de ideas”.

La relectura de los escritos de Esteban Echeverría con que abre la reflexión sobre el pensamiento intelectual americanista en el Río de la Plata le permite ilustrar esta orientación interpretativa que impulsa su trabajo. La ya clásica metáfora corporal de “las entrañas de la sociedad” que enuncia el *Dogma Socialista*, se constituye en un núcleo, un centro de gravitación interior que, como tal, requiere ser “desentrañado”. El modelo crítico que nos propone Altamirano examina este elemento nuclear del pensamiento echeverriano para señalar la correspondencia existente entre éste y el espectacular despliegue con que, en el relato *El matadero*, se introduce lo que el orden social y político del rosismo significaba para este pensador y poeta de la realidad argentina de entonces. Ahora, ¿cómo leer el programa